

Uno de los aspectos más interesantes explorados en los últimos años de mis investigaciones en la edición crítica de las *Obras Completas* de José Martí, es la unidad y coherencia de su pensamiento estratégico, que alcanza un punto relevante precisamente en las cartas que escribe a sus amigos Federico Henríquez Carvajal y Manuel Mercado, del 25 de marzo y 15 de mayo de 1895 respectivamente, identificadas como su “testamento político” por el carácter abarcador de su síntesis de aspectos relevantes de su vida y, sobre todo, de lo hecho y pendiente por hacer en la organización del esfuerzo por la independencia de Cuba. En su carta a Carvajal afirma Martí: “Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo”.

Y en su carta tan conocida y citada a Manuel Mercado le dice que “ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber [...] de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América”.

Afirmaciones tan terminantes y grandiosas como las citadas pueden confundir incluso a un lector especializado que no disponga de información acerca del verdadero contexto de Martí durante 1889-1890 y los años posteriores a la Conferencia Internacional Americana hasta 1895.¹

Es verdad que parece imposible que una pequeña isla de algo más de un millón y medio de habitantes, a 90 millas del ya gigante estadounidense, de cerca de setenta millones de habitantes y unas fuerzas armadas poderosas, pudiera salvar “la independencia de nuestra América”. Digamos de inicio que José Martí sabía que la lucha por la independencia en Cuba se libraría ineludiblemente en dos frentes, el militar y el internacional, en un contexto complejo en el que era previsible el choque de ambiciones de las potencias que pugnaban por sus intereses imperiales. La creación de un equilibrio que neutralizara los planes expansivos de Estados Unidos, ya avanzados, revestía para él una importancia capital. En uno de sus fragmentos, una reflexión personal escrita aproximadamente en 1887, al referirse a América Latina había afirmado que “mientras llegamos a ser bastante fuertes para defendernos por nosotros mismos, nuestra salvación, y la garantía de nuestra independencia están en el equilibrio de potencias extranjeras rivales. Allá, muy en lo futuro, cuando estemos completamente desenvueltos, corremos el riesgo que se combinen en nuestra contra las naciones rivales, pero afines, — (Inglaterra, Estados Unidos): de aquí que la política extranjera de la América Central y Meridional haya de tender a la creación de intereses extranjeros, —de naciones diversas y desemejantes, y de intereses encontrados—, en nuestros diferentes países, sin dar

ocasión de preponderancia definitiva a ninguna aunque es obvio que ha de haber, y en ocasiones ha de convenir que haya una preponderancia aparente y accidental, de algún poder que acaso deba ser siempre un poder europeo”.

Para construir ese equilibrio y sobrevivir a la ya proclamada expansión estadounidense hacia las Antillas, el istmo, Sudamérica y el Pacífico, era además necesario un grado alto de unidad y solidaridad entre los países latinoamericanos, justamente lo que faltaba en el escenario hemisférico en el momento en que, en la década del noventa, el imperialismo estadounidense veía la luz.

Durante las sesiones iniciales del Conferencia Internacional Americana de Washington, en 1889, Martí afirmó públicamente, por vez primera, en un artículo para *La Nación*, fechado el 2 de noviembre de ese año, que la Conferencia “mostraría a quienes defienden la independencia de la América Española, donde está el equilibrio del mundo”. Ese equilibrio se establecería, pensaba Martí, con la independencia de Cuba, Puerto Rico, y la reafirmación de la soberanía de Santo Domingo y Haití, que bordean el Paso de los Vientos, en las aproximaciones al Istmo en Panamá, donde Estados Unidos proyectaba el canal transoceánico que permitiría el transporte de los productos de su industria localizada en los estados del Este hacia el Pacífico y los grandes mercados asiáticos (China, el Sudeste Asiático, Japón y eventualmente la India). Y sin bases navales para su flota de guerra y consiguientes garantías para su marina mercante no podría iniciar las acciones para el control de la porción del istmo donde ya Francia construía el Canal de Panamá, que desde 1886 había insinuado le cedería.

La división de la América Latina era, para lograr los objetivos planteados por Martí, uno de los más graves problemas que debía enfrentar en el campo internacional. En verdad, los preparativos y el inicio y curso ulterior de la guerra del 95, se desarrollaron lastrados por la pugna de intereses desde 1884, y aún antes de ese año, entre las dos potencias regionales emergentes de Sudamérica, Argentina y Brasil, manipuladas por Estados Unidos, y envueltas en un diferendo territorial acerca de los 50,000 kms² fronterizos de Misiones,² con peligro de guerra. Chile, considerado una potencia naval en la región, logró un pacto militar secreto con Brasil para una guerra eventual con Argentina, si no se llegaba a acuerdo sobre los límites territoriales de la Patagonia, además de Misiones.

El gobierno bonaerense, por otra parte, consideraba inútil la unión de la Argentina con la América hispana para enfrentar la expansión estadounidense. Estanislao Zeballos, quien fuera ministro de relaciones exteriores de la Argentina (1889-1890 y 1891-1892), y en aquella época uno de los más renombrados e influyentes ideólogos de su país, declaró públicamente que todo intento de unidad hispanoamericana era “obra de la sensiblería”, contraria a los intereses argentinos pues se fundamentaba en “una solidaridad ficticia y contrapuesta a las relaciones provechosas con Europa”.³ Tal era el núcleo esencial de la política exterior argentina entre 1890 y 1898.

Brasil, por su parte, antes y después de instaurada la República, concretamente desde 1880, se inclinaba a una alianza estratégica con Estados Unidos. Helio Jaguaribe, el notable historiador brasileño, fija transparentemente las motivaciones que a su juicio incidieron en la política exterior de la monarquía desde 1880 y la de los gobiernos republicanos después de 1890, gracias a la capacidad para la supervivencia política de José María da Silva Paranhos, Barón de Rio Branco (1845-1912):⁴

El vertiginoso desarrollo de la Argentina desde 1880 hasta la primera guerra mundial llevó a Brasil a recelar que aquel país pudiese articular exitosamente un gran frente antibrasileño en la América del Sur. Tal situación condujo a Brasil a pretender una relación especial con los Estados Unidos, que neutralizara los riesgos de una coligación antibrasileña en este continente. Para los Estados Unidos, esa relación especial con Brasil constituía una forma de quebrar la unidad potencial latinoamericana y vaciar las relaciones hemisféricas en el formato de un panamericanismo bajo hegemonía norteamericana.⁵

Muy poco, es preciso reiterarlo, habría podido hacer el pequeño pueblo cubano en esas circunstancias, debilitado por la guerra, para defender a su república emergente. Martí comprendía, ya desde 1887, que debía hallar aliados tácticos, hispanoamericanos y europeos, con intereses opuestos a los de Estados Unidos, dispuestos a enfrentarse al expansionismo norteamericano. En particular, observaba con enorme interés el desarrollo económico y social de la Argentina, sustentado por una economía agroexportadora, gran disponibilidad de capitales, abundantes inversiones de Europa, y numerosa inmigración de Italia, España, Francia y otros países de ese continente. Para el proyecto de Martí, convenía que la Argentina tuviera vínculos económicos estables con Inglaterra, metrópoli poderosa del entonces mayor imperio sobre la tierra, y Alemania, en busca de su propio espacio imperial “bajo el sol” — incluyendo, además del continente africano, a la América Latina y Asia —, cuyos intereses chocaban con los de Estados Unidos en estas dos últimas regiones.⁶

Por eso Martí hizo cuanto pudo por atraer la pupila estratégica argentina hacia la causa de la liberación de Cuba y Puerto Rico. La más cercana aproximación del gobierno argentino a esa visión del equilibrio internacional tuvo lugar durante la Conferencia Internacional Americana (1889-1890). La elocuente y persuasiva prosa periodística y los razonamientos realistas de Martí acerca de las verdaderas motivaciones de los círculos de poder estadounidenses, movieron al jefe de la delegación argentina, Dr. Roque Sáenz Peña, ya al final en la citada Conferencia, a nuevas consideraciones estratégicas. No enteramente convencido de la posición

internacional de su país, Sáenz Peña consideraba todas las alternativas para contener la expansión norteamericana, que hacía peligrar los intereses vitales de la nación argentina. Martí conoció en él a un argentino brillante, con opinión propia, de excepcional sensibilidad política – considerados sus antecedentes de clase como miembro de la oligarquía terrateniente en el poder –, designado ministro de relaciones exteriores durante el cónclave. De regreso a Buenos Aires, en junio de 1890, fue confirmado en ese cargo, pero menos de treinta días después renunció casi simultáneamente con el Presidente de la República, Juárez Celman, que había sumido al país en una peligrosa crisis financiera y económica por su ineptitud en el manejo de las finanzas nacionales, lo que incluso provocó un alzamiento armado de la oposición. Antes de su renuncia, Sáenz Peña aseguró el nombramiento de Martí como cónsul en el Consulado General argentino en Nueva York el 24 de julio de 1890.

Por otra parte, Martí no había descuidado la búsqueda de vías para influir con la verdad de Cuba en el pueblo estadounidense, desde entonces engañado y conducido al sacrificio en defensa de causas espurias e injustas. Otro campo de batalla político logró abrir en agosto de ese año, para contrarrestar la creciente agresividad hacia América Latina de los conservadores republicanos bajo el liderazgo de James G. Blaine, y la visión expansiva cuidadosamente sustentada en obras y artículos del almirante Alfred Thayer Mahan,⁷ teórico de la estrategia de Estados Unidos. Cuando ya hacía un mes que era cónsul en Nueva York de tres países sudamericanos, Martí viajó por recomendación médica al Parque Crepúsculo en las montañas Catskill. Pero escogió ese lugar para el descanso prescrito con el fin evidente de establecer relaciones con los influyentes intelectuales del Club Crepúsculo, cuya variada membresía incluía poderosos empresarios, políticos, periodistas, militares y grandes escritores como Walt Whitman, Oliver Wendell Holmes, John Burroughs, Mark Twain; periodistas antimperialistas como el marxista John Swinton, jefe de redacción del periódico *The Sun*; el dirigente obrero Vincent Terence Powderly, el general George Wingate, héroe neoyorquino de la Guerra de Secesión, y nada menos que el multimillonario Andrew Carnegie, fundador de la gran industria siderúrgica de EE UU. El rasgo común de estos y otros miembros prominentes del Club era su oposición al curso expansionista del naciente imperio.

En octubre Martí fue invitado a una cena en Nueva York que inauguraba las sesiones de otoño de la influyente institución. En ella pronunció en inglés unas breves, pero enérgicas palabras ante ochenta prominentes comensales contra la intervención estadounidense en Hispanoamérica, y recibió aplausos y felicitaciones. A los políticos expansionistas del Partido Republicano los llamó “ignorantes y dementes”, cuyas aventuras intervencionistas serían “resistidas”. Aunque se ignora si fue autorizado por los tres gobiernos que representaba a hacer esas declaraciones, lo cierto es que las palabras de Martí expresaban exactamente la

posición internacional argentina en ese instante, y con ello reflejaba los intereses de la revolución cubana sin mencionarla. En diciembre del propio año recibió su certificado de miembro pleno del Club citado.⁸ Su designación consular y esta acción paralela es posible que le hayan transmitido un mensaje importante a los centros de poder de Estados Unidos. Su probable interpretación era que en la proyectada expansión norteamericana hacia el Sur del continente no habría áreas de influencia cerradas para las partes. Fue un éxito para el joven cónsul nacido en Cuba, pues dada la importancia de sus interlocutores de esa velada, el gobierno estadounidense quizás haya tomado nota de sus expresiones.⁹ En 1896, por cierto, ese Club pidió enérgicamente al Presidente Cleveland que reconociera la beligerancia de Cuba.

Quince meses de trabajo consular y actividades revolucionarias organizativas paralelas transcurrieron antes de que se produjera la provocación urdida por la legación española en Washington, el 10 de octubre de 1891, que condujo a la renuncia, no sólo prometida por Martí, sino exigida por el jefe de la misión argentina, que lo amenazó de destitución. La posición aquiescente asumida por éste ante la protesta hispana y su voluntad de apresurar la salida del cónsul cubano del cargo constituyeron un indicio incontestable de la orientación predominante de la política exterior de la República Argentina. Fue una experiencia útil para el Maestro. La colección de más de 100 documentos que obra en poder del Centro de Estudios Martianos acerca de los quince meses del consulado de Martí,¹⁰ incluye la carta de agradecimiento de la monarquía española al gobierno argentino y muy señaladamente a su ministro en Washington, Vicente G. Quesada, por haber terminado los servicios de Martí¹¹ como cónsul en Nueva York. El gobierno español consideró este resultado como una victoria política. Justamente un año después, el alto funcionario argentino fue transferido a Madrid. Su cargo lo ocupó la personalidad que hasta poco antes había sido el ministro de relaciones exteriores, Estanislao Zeballos, cuya misión estratégica en Washington era negociar con Brasil el diferendo por el territorio de Misiones, negociación en la que Grover Cleveland, presidente de Estados Unidos, fungiría como árbitro.¹²

Veamos ahora otro hecho contextual que conviene tener presente. Tal vez lo desconociera Martí, porque no era del interés de las partes divulgarlo, pero fue justamente en 1892 cuando la monarquía española instó al gobierno argentino a que le cediera los fusiles y carabinas Mauser modelo 1891 que la empresa alemana Ludwig Loewe de Berlín producía para el ejército argentino, contratados ante el peligro de una posible guerra con Brasil y Chile y la esperada expansión militar estadounidense hacia Sudamérica. Lo interesante es que el gobierno argentino aceptó ayudar a España. La razón esgrimida para esa solicitud por las autoridades españolas era la imposibilidad de la empresa alemana de proceder a la producción del pedido de armas hispano en ese momento, porque toda su capacidad industrial estaba ocupada con el contrato argentino. Pero el sentido común sugiere que además de la urgencia momentánea – un alzamiento africano en Melilla – se anticipaban otros

destinos para esas armas de última generación. En efecto, un lote de 5,000 unidades fue inmediatamente retirado de los almacenes y remitido, siempre con la anuencia de la Argentina, a las autoridades españolas con las marcas y divisas nacionales del país austral, lo que puede haber dado lugar al rumor de que habían sido producidas y vendidas allí al ejército español. La empresa alemana desvió entonces hacia España lotes subsiguientes de armas en producción para la Argentina; grabó en ellas los emblemas españoles y la marca *Berlín 1894*, y las remitió también al ejército de ese país. Después de neutralizado el levantamiento de Melilla, todas las armas en ese lugar y las que se produjeron hasta 1896 fueron enviadas a Cuba y Filipinas.¹³

Estamos claramente ante una acción que sólo puede concebirse entre dos países con estrechas relaciones bilaterales. La cesión de las armas que la Argentina había contratado, aún cuando no fueron pagadas por su gobierno, dado su carácter estratégico requirió obviamente una autorización del más alto nivel del Estado. Es preciso insistir en la excepcional importancia de ese armamento para la Argentina, y de otros que adquiriera por aquellos días en Alemania, en momentos en que sentía peligrar la seguridad nacional. La entrega a España de las armas contratadas, constituye, pues, un acto que trascendió la buena vecindad, e impresiona más bien como una acción que evidenciaba firmes relaciones de amistad y solidaridad con el aliado europeo en apuros. Dada su reciente experiencia consular, la amarga noticia, de haber llegado a su conocimiento, no lo habría sorprendido. Años más tarde este importante desacuerdo con la revolución cubana fue confirmado por el propio Roque Sáenz Peña, cuando, definitivamente reconciliado con la política internacional de su país, e iniciadas las hostilidades entre Estados Unidos y España, en su famoso discurso en Buenos Aires del 2 de mayo de 1898 afirmó que Cuba “debió ser libre”, aunque consideró su revolución inoportuna,¹⁴ obviamente para los intereses argentinos.

Después de la salida de Martí del consulado argentino en Nueva York, en octubre de 1891, la necesidad de ayuda y apoyo latinoamericano se prefiguró en ese instante imprescindible. Sin el sostén de sus tres consulados de países altamente representativos de Sudamérica, se hacía aún más perentoria para Martí la unificación de la emigración y la creación de un partido revolucionario que facilitara su organización para la guerra, y que, al propio tiempo, constituyera un factor de apoyo y credibilidad internacional para la revolución. Ya fundado el Partido Revolucionario Cubano, Martí advierte en el acápite de las Relaciones Exteriores del documento a sus dirigentes en el Cuerpo de Consejo de Key West, el 19 de mayo de 1892:

Del poder y regularidad que muestre, en un plazo suficiente para acreditarse, el Partido Revolucionario, depende en mucho la ayuda que él [el Delegado] pueda pedir y obtener de los pueblos cuyo auxilio no se supo otra vez aprovechar, y cuyos gobiernos no han de dar su apoyo en público

ni a la ligera. Grande y constante es el socorro que el Delegado espera abrir en los pueblos americanos; pero antes de tentarlo, hemos de demostrar que lo merecemos. La connivencia (tolerancia) delicada en asuntos que, a más de humanos, son internacionales es cosa distinta y de más escollos que la simpatía pública. Y el Delegado aspira, en ciertos pueblos, a obtener una y otra. [...] Pero no intentará éxito concreto hasta que la obra alta, unida y constante del Partido Revolucionario Cubano haga vergonzoso para un pueblo de América negarle su ayuda.¹⁵

No estamos ante un mero simulacro de relaciones públicas, sino de la realidad de una voluntad política enderezada, en términos evidentemente realistas, al objetivo de lograr la independencia de Cuba. Por esos días Martí ya sabía que la Argentina no vendría en ayuda de Cuba. México volvía a hallar espacio en la visión táctica de Martí. Y no hay duda que la historia posterior hasta su muerte en Dos Ríos, y aún después, le dio la razón.

Es lícita la hipótesis, por consiguiente, de la relación de esa necesidad táctica con el viaje de Martí a México en 1894 para entrevistarse con Porfirio Díaz a fin de solicitar su apoyo para la revolución cubana. Esta acción suya le habría parecido injustificada en 1889, cuando escribía que “del Sur vendrán los vigilantes, ya que a México la cercanía le tiene atadas las manos”.¹⁶

Pero en 1894 todo había cambiado. Martí proclamaba, cuando ya había decidido viajar, que “México no yerra; y se afianza y agrega, mientras se encorva y descompone el vecino del Norte [...] Es que México ratifica cada año ante el mundo [...] su determinación de ser libre. Y lo será, porque domó a los soberbios” [...].¹⁷

No cabe duda que los hechos más recientes de la historia que emergía sugerían enfáticamente la conveniencia de un intento de comunicación con el presidente mexicano. Cada vez era más evidente que el gobierno norteamericano toleraba el establecimiento de periódicos opositoristas establecidos por los editores y periodistas expulsados por el gobierno mexicano que se distribuían entre la población del interior del país, y probablemente permitía las actividades conspirativas que desde los estados fronterizos de Estados Unidos, con conocimiento de sus autoridades, se organizaban para derrocarlo. Entre tanto, el presidente mexicano mejoraba sus relaciones comerciales y políticas con las potencias europeas. El deterioro de las relaciones bilaterales entre ambos países era el mejor contexto para la delicada gestión del Delegado. Dada la celeridad con que progresaban los planes de rearme y expansión de Estados Unidos, el apoyo latinoamericano devenía crucial para la causa cubana.¹⁸

Y el 15 de julio de 1894, desde New Orleans, Martí le remite unas líneas a Máximo Gómez en las que le informa que había decidido viajar a México “para ver de echarle algo más en el tesoro [...] a ver qué más traigo y qué dejo abierto para cuando hayamos ya empezado en Cuba”.¹⁹ El 18 de julio de 1894 Martí llegó a

México. Su retorno al país que tanto amaba se desarrolló como lo había previsto. El 23 de julio escribió una carta al presidente Porfirio Díaz en la que solicitaba una entrevista. Es un texto bien conocido y citado, pero cuando se está familiarizado con su vida anterior en México, terminada abruptamente por la irrupción del dictador Porfirio Díaz en la magra existencia del país, y su crítica a los métodos dictatoriales de este último, además de sus más recientes experiencias, una nueva lectura de esas líneas permite apreciar mejor, en esa compleja circunstancia, su capacidad dialéctica y su palabra justa. Ilustra recordar el texto para observar al Apóstol en una acción táctica del más depurado realismo político.

Señor:

Un cubano prudente, investido hoy con la representación de sus conciudadanos, —que ha probado sin alarde, y en horas críticas, su amor vigilante a México,—y que no ve en la independencia de Cuba la simple emancipación política de la isla, sino la salvación, y nada menos, de la seguridad e independencia de todos los pueblos hispanoamericanos, y en especial los de la parte norte del continente, ha venido a México, confiado en la sagacidad profunda y constructiva del general Díaz, y en su propia y absoluta discreción, a explicar en persona al pensador americano que hoy preside a México la significación y el alcance de la revolución sagrada de independencia, y ordenada y previsoramente a que se dispone Cuba. Los cubanos no la hacen para Cuba sólo, sino para la América; y el que los representa hoy viene a hablar, en nombre de la república naciente, más que al jefe oficial de la república que luchó ayer por lo que Cuba vuelve a luchar hoy, al hombre cauto y de fuerte corazón que padeció por la libertad del Continente, que la mantiene hoy con la dignidad y unidad que da a su pueblo, y que no puede desoír, ni ver como extraños, a los que a las puertas de su patria, en el cruce futuro y cercano del mundo, y frente a una nación ajena y necesitada, van a batallar por el decoro y bienestar de sus compatriotas, y el equilibrio y seguridad de nuestra América.²⁰

El texto, cargado de connotaciones que hoy llamaríamos geoestratégicas, contiene casi exactamente las mismas ideas que Martí había empleado en su interacción con los representantes del gobierno argentino antes y durante su trabajo como cónsul de la Argentina en Nueva York y que evocó en otros documentos políticos y en sus cartas testamentarias. Y es además una síntesis brillante de su proyecto estratégico. Cuba luchaba por su libertad, y al hacerlo contribuía a equilibrar a EEUU y a fortalecer la seguridad de América Latina. Hay, empero, una diferencia sustancial. En esta ocasión Martí, el Delegado, representaba a un pueblo dispuesto a alzarse por su independencia. En 1889-1891 lo hacía el escritor brillante, el periodista sagaz y profundo, el hombre de ideas revolucionarias radicales, el

cónsul argentino, en fin, pero eso no bastaba. Lo poco que se conoce de su diálogo con Porfirio Díaz evidencia en Martí al dirigente, al estadista astuto, realista y persuasivo.

Después de una agitada agenda de visitas en Veracruz, en el curso de la cual Martí se vio impedido de asistir a la entrevista con Porfirio Díaz, una segunda fecha fue fijada y todo indica que se reunieron el 1ro de agosto de 1894. La información básica del resultado de la reunión de Martí y Porfirio Díaz proviene de Ramón Prida Santacilia (1862-1937), político, periodista y joven abogado “oficialista”, muy bien informado de lo que acontecía en la administración del presidente Díaz, y emparentado con Pedro Santacilia, viejo amigo y yerno de Benito Juárez. Según nos comunica Herrera Franyutti:

Ramón Prida refiere que “Díaz lo oyó con positivo interés y Martí salió complacido de aquel encuentro. Pero Díaz le declaró con toda franqueza que no le era posible al gobierno de México conceder la beligerancia a Cuba: pero que siendo el General un simpatizador de la Revolución, ya que el gobierno no podía, en lo particular, como Porfirio Díaz, le daba alguna ayuda pecuniaria, y esta fue de \$20,000.²¹

Este respetable testimonio, pendiente de documentación e investigaciones complementarias, indica que el viaje de Martí a México fue un éxito. Lo atestiguan las dos cartas que Martí le enviara a Máximo Gómez el 30 de agosto y el 8 de septiembre de 1894. Baste la primera, en la que le informa, en el estilo lacónico que puede esperarse en un tema espinoso: “Lo que deseaba, obtuve; y más hubiera podido obtener, y podré obtener tal vez, si no nos falla por demora la situación presente”.²² Aludía obviamente al inminente levantamiento. Pero las cosas no estaban aún a punto. El Maestro tendría que experimentar la agonía intensa de la traición de La Fernandina, que frustró su previsión de una guerra sorpresiva, fulminante y “generosa”, y a la postre se convertiría en un conflicto de desgaste prolongado y deshumanizado, con su propia ausencia irreparable.

Al llegar a este punto, cabría recordar que hasta pocas horas antes de su muerte Martí confirmó su proyecto de crear un equilibrio que frenara a Estados Unidos en el Caribe. Recordemos las dos cartas que enviara en abril de 1895, una al consulado de Inglaterra, y otra al consulado de Alemania, cuando se encontraba con las fuerzas al mando de Máximo Gómez cerca de Guantánamo. En ellas comunica a ambos gobiernos el propósito revolucionario de abrir el mercado de la isla al comercio y al incremento de las inversiones de capitales ociosos una vez alcanzada la victoria. Es evidente que Martí pensaba que las divergencias entre imperios podían intensificarse en nuestro propio hemisferio para que, una vez ganada la independencia de Cuba y Puerto Rico, pudiesen contribuir a detener el avance de EE UU en Cuba, donde por cierto ya Inglaterra y Alemania tenían importantes

inversiones e intereses financieros y comerciales, como también en Puerto Rico y Santo Domingo.

Finalmente, lo más significativo de esa política es que los documentos alemanes y británicos del período posterior a 1898 dan la razón a Martí. El gobierno alemán se mostraba previsor cuando admitía la posibilidad del triunfo de las armas revolucionarias. La Diputación de Hamburgo para Comercio y Navegación consideraba muy en serio un plan de Herr Versmann, burgomaestre de Hamburgo para Comercio y Navegación, que el 27 de enero de 1896 indicaba: “La Diputación sugiere que, en caso de que los insurrectos logren separar la isla de España, el *Reich* reconozca el nuevo gobierno mediante la firma previa de un tratado comercial”.²³

El texto ciertamente se corresponde con los intereses y objetivos del equilibrio tal como Martí lo concebía y habrían sido aceptables para éste, a cuyo llamado Alemania suspendió en Oriente, durante la guerra del 95, sus operaciones de minería de hierro y cobre. Por lo menos hasta 1914 Alemania luchó por su parte del mercado cubano, que incluía la exportación de maquinarias, equipos y productos suntuarios y la importación de tabaco, café y maderas preciosas de la Isla.

En cuanto a Inglaterra, continuó defendiendo durante todo el período de la neocolonia su participación histórica en el mercado cubano. En 1905 intentó sin éxito, dada la activa oposición de Estados Unidos, negociar un acuerdo comercial con Cuba,²⁴ hasta que en 1939, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial – y tal vez debido a su cercanía – logró su objetivo de suscribirlo. Se mantuvo vigente, por cierto, hasta 1973 – longevidad que evidencia su efectividad – cuando decidió denunciarlo para seguir servilmente a Estados Unidos en su política de bloqueo a la Revolución Cubana.

Se evidencia en ello la objetividad de las observaciones de Martí sobre la factibilidad de un equilibrio en las Antillas que, de haber sido aplicado con entera consecuencia por quien lo concibió, habría contribuido a una mayor independencia para Cuba, con resultados significativos para toda América Latina y, por qué no, probablemente el mundo.

¹ Fernández Retamar, tal vez el más importante biógrafo cubano vivo de Martí, se pregunta: “¿Qué hubiera podido decir el gran poeta [Rubén Darío] de haber reparado en que Martí [...] se había propuesto nada menos que salvar a todo el Continente, e incluso contribuir al equilibrio aún vacilante del mundo? Probablemente nadie en sus cabales, con medios tan exigüos [...] se ha propuesto nunca hazaña tan desmesurada”

² Otras fuentes se refieren a los 65,000 kms.² de Misiones.

³ Para profundizar en el tema de la estrategia argentina en el período que cubre nuestra presentación, véase a Estanislao Zeballos, “Intervención anglo alemana en Venezuela”, en *Revista de Derecho y letras*, año V, T. XIV, B. Aires, 1902, p. 432.

⁴ Véase del autor del presente trabajo “José Martí y Brasil”, Anuario del Centro de Estudios Martianos no.16 de1993.

⁵ Helio Jaguaribe, «Presente e futuro das relações Brasil-Estados Unidos», en: *Estados Unidos en la transición democrática*, São Paulo, Editora Paz e Terra, 1985.

⁶ El tema de la importancia de Europa en el proyecto independentista de Martí puede ampliarse en el artículo del autor de estas líneas “América Latina y Europa en el equilibrio martiano”, revista *Honda*, no. 7 de 2003, p. 22.

⁷ Para ampliar la información sobre el tema de la influencia de las fuerzas armadas en la concepción de la expansión de Estados Unidos, véase: Rodolfo Sarracino, “José Martí: el equilibrio del mundo contra el proyecto estratégico de Estados Unidos”, revista *Honda* no. 22 de 2008, p. 49. Véase también “Los Estados Unidos en la visión internacional antiimperialista de José Martí: primeras aproximaciones”, en la revista *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, no. 29 de 2007, p. 85; Y del propio autor su artículo “Pasos iniciales de Martí hacia una visión internacional antiamperialista”, en el número 15 del 2006 de la revista *Honda*, p. 49.

⁸ La huella de Martí en esa influyente institución fue profunda. Un año después de su muerte sus directores, a nombre de todos sus miembros reunidos, en una declaración pública sin precedentes, solicitaron al gobierno norteamericano que reconociera la beligerancia del pueblo cubano en su lucha prolongada contra el colonialismo español.

⁹ Una presentación más amplia y detallada puede verse en el artículo del autor “Martí en el Club Crepúsculo: en busca de nuevos equilibrios”, revista *Casa de las Américas* No.251, abril-junio de 2008, p. 10. Y también “José Martí en el Club Crepúsculo de Nueva York: en busca de la patria de Lincoln”, en la revista *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, no.30, 2007, p. 201.

¹⁰ Estas colecciones fueron donadas por el Ministerio de Relaciones Exteriores de la Argentina en 1991 y 2008.

¹¹ Y por cierto, también los de Gonzalo de Quesada como cónsul en Filadelfia.

¹² Para ampliar la visión en este importante asunto, véase el artículo del autor, “Triunfos y quebrantos: José Martí, cónsul argentino”, en la revista *Honda* no.27 de 2009, p.33. Es paradójica la decisión del gobierno argentino de aceptar el arbitraje de Estados Unidos, que era evidente favorecería a su aliado hemisférico, el Brasil republicano.

¹³ Estas informaciones fueron remitidas al autor en respuesta a su pregunta, que a continuación reproducimos, planteada en el Foro Internacional digitalizado de la fábrica de armas Mauser, disponible en Internet: “It is frequently stated that, during the Cuban-Spanish war, beginning in 1895, Argentina sold Mauser rifles, produced under license in Argentina, to the Spanish government. Is this a fact? If this was true, was it the Mauser 91? Thanks in advance for your help”. Aunque la respuesta de Mauser desmiente parcialmente ese rumor, la realidad es tal vez más interesante y pertinente para nuestra investigación.

¹⁴ Las palabras exactas pronunciadas por Sáenz Peña el 2 de mayo de 1898 fueron: “Cuba ha debido ser libre, lo repito, si esa libertad no se buscara en este momento histórico, por el camino de la humillación y del ultraje a la nación española: ultraje que no le infieren las disensiones internas, entre insurgentes y peninsulares, sino los actos insólitos de una política invasora, que acecha

desde la Florida los anchurosos senos del golfo de Méjico, para nutrir en ellos sensuales expansiones territoriales y políticas; sueños de predominio, que aspiran a gravitar pesadamente en la vasta extensión de este hemisferio”.

¹⁵ José Martí, “A los presidentes de los *Clubs* del Partido Revolucionario Cubano, en el cuerpo de consejo de Key West, New York, 12 de mayo de 1892, en *Epistolario*, t. 3, p. 92.

¹⁶ Véase José Martí. O.C .t. 7. pp.395-397.

¹⁷ JM, “El día de Juárez” *Patria*, Nueva York, 14 de julio de 1894, OC, t. 8, pp. 25-26, en Alfonso Herrera Franyutti, *Martí en México. Recuerdos de una época*, Senado de la República, 3ra edición, 2007. A partir de este punto, el autor cita repetidamente la excelente investigación del notable investigador mexicano, Alfonso Herrera Franyutti, acerca de las actividades de Martí en México.

¹⁸ El grado de angustia de Martí por la insuficiencia de fondos para los preparativos de la guerra por la independencia de Cuba se manifestó meses después durante el equipamiento de la estratégica expedición que se preparaba en la Fernandina, a fin de iniciar las operaciones militares. El texto del telegrama que remitiera el 8 de enero de 1895 a su amigo uruguayo, Carlos Farini así lo evidencia. El entonces próspero hombre de negocios había sido Cónsul General de Uruguay durante el período en que Martí ocupara el cargo de cónsul uruguayo en Nueva York. A él le dice, claramente, sin asomo de disimulo protector del texto: “Desesperado deber patrio fuerza rogar gíreme cable antes viernes quinientos oro dirección Baeza”. Ese telegrama, cuyo contenido nos ha dado a conocer el investigador Luis García Pascual en su útil obra *Entorno martiano* (La Habana, Ediciones Abril, 2003, p. 91) en las condiciones de semiclandestinidad en que trabajaba, llegó a manos de su destinatario, y posiblemente de las autoridades estadounidenses, 48 horas antes de que estas dieran los pasos preliminares para decomisar la carga de armas que transportarían a Cuba tres vapores contratados a ese fin por Martí. Es un incidente cuyos particulares merecen ser investigados.

¹⁹ JM, “Carta al general Máximo Gómez”, New Orleans, 15 de julio de 1894, EPJM, t. IV, p. 231 en Alfonso Herrera Franyutti, op. cit. P. 335.

Carta de José Martí al general Porfirio Díaz, México, 23 de julio de 1894, *EPJM*, t. IV, p. 228.

²¹ Alfonso Herrera Franyutti, op. cit. p. 363.

²² José Martí: carta al general Máximo Gómez, New York, agosto 30 de 1894, en EPJM, t. IV, p. 237. Véase también la carta de Martí a Máximo Gómez, fechada el 8 de septiembre de 1894, en *Ibíd*em, p. 249

²³ Archivo del Estado de Hamburgo, Asuntos Exteriores, p. II-2-96, en: Martín Franzbach, *La guerra del 98 en el marco de los intereses alemanes*. Separata de *Iberoamericana*, Frankfurt, 22 de enero de 1998, p. 24.

²⁴ Para ampliar la información sobre este tema véase la obra de Jorge Renato Ibarra Guitart, *El tratado anglo cubano de 1905. Estados Unidos contra Europa*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, (edición de 2008).